



DE LA PACIENCIA Y LA HUMILDAD

Dos estados llevaba en sí nuestro Señor, uno de gloria y otro de humillación; al mismo tiempo que poseía en sí mismo la gloria y la divinidad, la beatitud del alma, mantenía en su interior las radiaciones y alegrías de este estado y en su alma sensitiva dejábase cercar de humillación, temor, sufrimiento y de todas las debilidades de la humanidad, con excepción del pecado.

Algo análogo pasa en nosotros. Presentamos un lado hermosísimo, muy noble, por todo extremo divino; la gracia de Dios, sus virtudes y hasta su santidad están en nosotros, donde moran el Espíritu Santo, Jesuero y la Santísima Trinidad; Dios está en nosotros, y nosotros en Él: hermosísimo es esto y para los ángeles debe de ser un espectáculo arrobador; tenemos nuestras grandezas, que son el fundamento de nuestra esperanza, pero apenas podemos disfrutar de ellas, porque permanecen como veladas é invisibles para nosotros: son el espectáculo que en nosotros se reserva Dios.

Mas, por el contrario, tenemos un lado visible,

del cual no nos priva: es el lado personal, es lo que en nosotros hay nuestro: esta pobre naturaleza de Adán, nuestras pasiones y enfermedades, nuestros defectos y miserias, el pecado actual, lo que San Pablo indica con estas palabras: carne de pecado, *caro peccati*, y también sencillamente *peccatum*; el pecado, es decir, todo lo que del pecado proviene y para él prepara, aun cuando esto por sí mismo no fuese pecado. Todo esto nos es muy visible, muy perceptible; por todas partes nos rodea, y es por extremo humillante.

¿Por qué Dios nos pone de este modo en la humillación de nuestra naturaleza, en vez de dejar que aparezca la grandeza de su gracia en nosotros? ¿Por qué causa quiere que sintamos en nosotros más bien al hijo de Adán pecador que al hijo de Dios regenerado en Jesucristo?

Respóndese con una frase que todo lo dice: «Para mantenernos en la humildad por medio de la humillación.» Sabe Dios, suma bondad, que de tal modo nos inclinamos al orgullo, á contentarnos dentro de nosotros mismos por el amor propio, y á mostrarnos para que los demás nos admiren, que á fin de salvarnos y proteger su gracia en nosotros se ve obligado á dejarnos en el lodo y en la humillación de uestras miserias, y no en la gloria y en el honor de su servicio.

De esto resulta una cosa casi increíble, que sin embargo es muy cierta, y es que cuantas más gracias concede Dios, tanto más abate; mientras más santo es uno, más humillado es; cuanto más por un lado es enaltecido, más por el otro reducido al lodo.

¿Por qué causa? Porque esto nos mantiene en la humildad y ésta es el carácter de nuestro Señor,

único que en nosotros le satisface y que, por lo tanto, gusta de hallar en nosotros.

Así pudiera decirse que un santito está poco humillado, un gran santo mucho, y el mayor santo debe ser el anatema del mundo, el objeto de todas las humillaciones y de todas las maldiciones.— ¿Quién fué nunca humillado como nuestro Señor Jesucristo, el Santo de los santos?

Tal es la condición impuesta; como Él hay que subir al Calvario, pasando por el Sanedrín, por el pretorio de todas esas humillaciones que le redujeron á ser más despreciado que un gusano de la tierra y maldición de los hombres.— Por eso produce espanto, al leer las vidas de los grandes Santos, el ver por dónde pasaron, cómo los maltrató el mundo y de qué modo fueron juzgados y calumniados. Así era conveniente que sucediese: el camino de la santidad, su carácter y sustento es la cruz, así como la salvaguardia de aquél encuéntrase en la humillación.

Si los Santos fueron enaltecidos y exaltados, esto sólo fué por breves instantes; y en cambio, ¡con cuántos años de humillación pagaban aquellos breves momentos de gloria! Se refieren sus milagros, éxtasis, consuelos y las maravillas de su ministerio; pero ¿quién podría contar sus humillaciones, así de parte de Dios como de los hombres?

Si conociéramos nuestros méritos, lograríamos éxitos y los presenciásemos, querríamos gozar de ellos; mas ahora no es tiempo de descansar, pues con este gozo se satisface el orgullo; por eso Dios nos humilla y sólo nos pone á la vista nuestros pecados, defectos y éxitos malogrados, todo cuanto puede empequeñecernos ante nuestra consideración, y entonces confesamos nuestra flaqueza, oramos,

recurrimos á Dios, reconociendo que nada somos y que él es todo; así como San Pablo, después de haber trabajado tanto, temíase verse reprobado y exclamaba: ¡Nada he hecho! Y es que su amor tenía en nada todos sus trabajos, en comparación de lo que hubiera querido realizar por nuestro Señor.

Pues bien; aun cuando siempre hubieseis sido piadosas y constantemente hubierais servido á nuestro Señor, os diré: «Nada habéis hecho; mirad todo lo que hubiérais podido efectuar.»

Pongámonos, por consiguiente, en lo que somos, en nuestra debilidad, con objeto de sentir profundamente la necesidad que tenemos de Dios, porque mientras más siente uno su miseria, más recurre á Dios, se pide el auxilio de Jesucristo, únese á él, y comprende que si se queda solo está perdido: ¿cómo luchar contra el demonio y las pasiones, y sobre todo cómo volverse á levantar de sus caídas sin Jesucristo? Se le llama, y allí está. Ya entonces no hay desaliento; de modo que si alguna de vosotras se desanima, es á causa de ser orgullosa y de que se apoya en sí misma; como ve que no puede sostenerse, prefiere, en vez de reconocerlo cordialmente y de humillarse como es debido, abandonarlo todo anticipadamente, evitando de este modo el sonrojo de haber trabajado sin resultado próspero; y esto en verdad que es puro orgullo.

Y sin embargo, allí está nuestro Señor, que os ofrece su gracia y fortaleza con sola una condición: la de que reconozcáis que nada podéis sin ella, y por consiguiente la pidáis humildemente y con instancia.

El sentir humildemente de nuestra debilidad produce la confianza: si os desalentáis es porque no te-

néis confianza en nuestro Señor; no declaráis que sin Él nada podéis hacer y dáis al olvido que todo lo podéis con Aquel que os conforta.

Cuando hubiereis obrado mal, decid con seguridad: «Esto se debe á que he confiado en mí.» Mas con todo no añadáis orgullo sobre orgullo con desanimaros. Somos naturalmente presuntuosos y de continuo intentamos pasarnos sin Dios, infinitamente bueno; mas no debe ser así, sino marchad con Él, pues si queréis ir solas, caeréis.

Confío en que son pocos los pecados positivos que cometéis, porque amáis con sinceridad á nuestro Señor; pero sí muchos negativos, es decir, acciones llenas de amor propio, de engaño, envidia, sensualidad, pereza; en suma, de todos los pecados capitales, aunque en grado venial ó de imperfección: todo esto porque os apoyáis sobre vosotras mismas, pues no se incurre en tales faltas sino porque no se mira á Dios lo suficiente.

Como tengáis el sentimiento habitual de vuestra flaqueza, nunca os expondréis á la tentación, porque en presencia de un sacrificio que deba hacerse, de una ocasión que deba evitarse, os volvéis hacia Dios inmediatamente diciendo: «¡Dios mío, dame vuestra gracia: la humildad para soportar aquella humillación; la paciencia para con tal carácter, vuestra gracia y fortaleza en todo, porque siento mi flaqueza!»

¡Oh! ¡Cómo gusta Dios de oírnos esto! ¡Cómo acude en nuestro auxilio! ¡Tiene á tan grande dicha el socorrernos! No está nuestra fortaleza sino en la mirada de Dios, en la unión con él y en el socorro de nuestro Señor.

La humildad os comunica la fortaleza de Dios y

es además el medio de vuestra santidad. Nadie, aquí abajo, es santo ni puede descansar diciendo: «He llegado al grado en que Dios me quiere.» No, ni en las virtudes ni en el amor se llega al término nunca. ¿Lograr la perfección de una virtud? ¿Pues si esto es asemejarse perfectamente á Jesucristo! ¿Creéis haber llegado á este punto? Si os lo dicen, burlanse de vosotras, pues únicamente jirones de virtud tenéis. Y en cuanto al amor, ¿os creéis perfectas? No: vais subiendo al monte de la perfección, pero aún no estáis en la cima.

¿Dónde está, pues, vuestra santidad si no se halla en vuestras obras, ni en vuestras virtudes, ni en vuestro amor?—En la paciencia de adquirirla poco á poco, en trabajar incesantemente y con perseverancia, humilde y pacientemente, á fin de revestiros de las virtudes de nuestro Señor Jesucristo: todo el trabajo de la santidad estriba en la paciencia de adquirirla.

Santificarse es formar á Jesucristo: hay que sacarle de este bloque de piedra informe, tosca y dura, que sois vosotras; y no es asunto de un día el tallarle, pulirle y darle las dimensiones y el parecido del modelo. Se requiere observación, estudio, trabajo; hay que destruir, cortar, componer y reconstruir: es la obra de toda nuestra vida: necesitáis paciencia, por lo tanto. ¿Y qué es la paciencia? Es la confianza en Dios y la desconfianza de sí mismo.

Hay que confiarse en todo y á pesar de todo á Dios; que quiere que estéis en la humillación y que no sobresalgáis; quedaos en este punto; adelantad, como desea que adelantéis; confíaos y abandonaos completamente á él, sin contar más con vosotras en nada absolutamente.

Muchas veces os enardecéis y, adoptando una buena resolución, decís: «Quiero amar mucho á Dios», y dais principio á vuestro camino con la seguridad de andar durante mucho tiempo sin deteneros.—Pero ¡quíá!

He aquí que os asalta espantosa tentación acerca de la fe, la caridad ó la castidad; y aunque la rechazáis, vuelve con mayor insistencia: ¿qué debéis hacer? Humillaros y tener paciencia; pues si os entregáis á la violencia, mantenéis aquella tentación y os desanimáis antes de haberla vencido; renunciad á vosotras mismas, abandonaos á Dios, reconoced que, á pesar de vuestros buenos deseos, no sois capaces de nada, y triunfaréis por la paciencia. Humillaos y decid á Dios: «Dios mío, ¿queréis que sea humillada por el demonio? Pues bien, cúmplase vuestra voluntad. Pero si no queréis libramme, asistidme, para que á lo menos no os ofenda; acepto el vivir entre los demonios, siempre que con vuestra santa gracia yo no os ofenda.»

Semejante estado es un martirio de amor de Dios; mirad cómo crece Dios en la paciencia de los que le sirven! Ninguna cosa rinde á Dios tanta gloria como el desdichado que le ofrece sus miserias y que entre estas tentaciones persevera en amarle; de suerte que, mientras más se humilla, más enaltece y glorifica á Dios, que crece tanto cuanto aquel disminuye por su abatimiento.

En tales estados, amad la paciencia, pues cuando os mande Dios las tentaciones, persistirán, por más que hagáis, hasta que las retire; humillaos en la paciencia y os ahorraréis muchos disgustos y dolores de cabeza. Cuando como único remedio se utiliza el combate, violentase el que lo emplea, adquiere

la costumbre de irritarse, entran el carácter y el corazón en un estado de impaciencia y de cólera, y por tal de libraros de ese fuego que os destroza, os arrancárais el alma si pudierais; ¿qué hacer entonces? ¡Ah! ¡Permanecer en su muladar como el santo Job mientras Dios infinitamente bueno así lo quiera!

¡Oh qué hermosa lección de moral nos da nuestro Señor en estas palabras: ¡Acordaos de producir frutos en la paciencia!—Hubieran los Apóstoles querido conquistar la Judea y el mundo en un día; pues tan persuadidos estaban del poder de su Maestro, que no comprendían que fuera posible el oponérseles, ni creían en los obstáculos; mirad á Pedro y al mismo San Juan. Pero nuestro Señor les dice: Produciréis frutos en la paciencia; y Él es el primero que muere sin haber convertido á la Judea ni á Jerusalén, y entre los mismos Apóstoles, algunos convirtieron á unos pocos infieles nada más; por ejemplo, Santiago que únicamente logró ganar para Jesucristo á siete paganos en España.

¡Ah! Sin duda la paciencia no es otra cosa que la humildad puesta en práctica, y no reside sino en la confianza en Dios y en la humildad personal.

Así, pues, os digo que en vuestras penas, esterilidades é impotencias, en cuanto pertenezca al hombre viejo y en las pruebas, cualesquiera que sean, tened la paciencia misma de Dios; tened compasión de vuestra alma.

¿Acaso no es Dios la misma paciencia respecto á las almas y en cuanto á vosotras? ¿Tal vez se irrita y rompe con violencia?—No, sino que años y años aguarda el fruto de sus semillas; hace cada día lo poco que nuestra cooperación le permite: nuevamente comienza lo que nuestras faltas demuelen, y es

la propia gracia de la paciencia y dechado nuestro.

No calculéis vuestro adelanto por el progreso que podáis comprobar en vosotras, ni por el resultado que logréis en las virtudes, sino por la mayor, más firme, más dulce y más humilde paciencia. No os creáis obligadas á conocer con tanta exactitud vuestros adelantos y provechos.

Nunca nuestro Señor glorificó tanto á su Padre como no prosperando entre los hombres y aceptando con paciencia las imperfecciones, rudezas é impotencia de sus Apóstoles, así como por su paciencia en esperar la voluntad de su Padre y la hora por éste señalada para que obrase; por su paciencia en no sobresalir sino en el grado que durante su vida pública determinó su Padre, y por su paciencia en su Pasión, en la cual consintió en pasar por lo que como natural resultado debía dar la aniquilación de su obra para siempre.

Poned, pues, vuestra virtud en fortaleceros en la paciencia, porque cuando hubiereis llegado á ser humilladas, lograréis en todo el resultado que conviene. La virtud que os toca es la de estar echadas al pie del árbol como el estiércol: manteneos en la raíz, y muy abajo, y no sobre las ramas, que pueden quebrarse.

Quiere Dios atraeros á él desde la humildad, y si tan abajo descendió y se anonadó, no fué sino para que nunca estuviésemos tan elevados junto á él como cuando hubiesemos descendido más á lo fondo de las humillaciones en que él se mantiene y nos aguarda.

Los mayores Santos están realmente persuadidos de que no son sino grandes pecadores, y lo dicen lo mismo que lo piensan; y aunque se tiene por exage-

rada esta expresión, á la vez que se dice: «no es posible que eso crean», lo cierto es que porque tienen la verdadera humildad y la paciencia, que son los medios de conocer á fondo su miseria, están realmente convencidos de que son delante de Dios los más grandes pecadores.

También hay que tener paciencia en la oración, pues uno ruega y desearía ser atendido inmediatamente; y si pedimos una cosa, tan sólo aquella que-remos; pero Dios, por el contrario, se complace en hacernos esperar ó en concedernos gracia diferente, de modo que así nos prueba de continuo. Pedimos fervor y amor, y nos sitúa en la estolidez del corazón y en aflicción grandísima; pedimos luz, y nos sume en las tinieblas; sentimiento, y nos pone en la aridez. Figúrasenos que valdríamos mucho más si ardiéramos en amor de Dios y en celo por su gloria; mas Dios, suma bondad, juzga de diverso modo y se tiene por más glorificado por nuestra paciencia y humillación. Pensad como Él, que mejor que vosotras conoce el medio que conviene á su gloria y aceptad lo que os envíe, porque así se contenta el alma en cualquier estado en que Dios la ponga, y siempre está satisfecha de la infinita bondad de Dios.

Debemos solicitar ciertamente la gracia y las virtudes que necesitamos, y decir incesantemente á Dios: «Hablad: ¿qué queréis que haga para agradaros?» Con frecuencia Dios no nos responderá y nos dejará en privación, tan sólo para hacernos crecer en paciencia y humildad, lo cual es de más precio que las obras todas más hermosas: tal es el medio de Dios, su método de conducir al santo amor, á la santidad verdadera, porque en la paciencia halla el alma el ejercicio de todas las virtudes. Amad á

Dios con la paciencia, y seréis dulces, humildes y caritativas: nadie es paciente con Dios sin serlo con las personas y los acontecimientos.

Teniendo paciencia amaréis á Dios más que á sus dones, porque no cambia y siempre es tan amable cuando atribula como cuando consuela, y es á él á quien hay que amar con preferencia á todos sus dones. Si no sois pacientes, nunca seréis almas interiores, almas santas, ni siquiera almas virtuosas.

¿Sabéis que la naturaleza es lenta y que los que se dedican á su cultivo están enseñados á esperar? Pues sabed que más lento todavía es Dios, que va despacio en todo lo que hace para domar nuestro orgullo, socavar el sostén y seguridad que en nosotros y en nuestros medios ponemos, y en hacernos depender de su gracia, de su proceder, de Él mismo.

No está la santidad en el fervor del amor, sino en la paciencia de trabajar sin fervor, y en soportar las esperas que Dios propone.

Cuando Dios quiere dar una gracia de oración ó de contemplación, empieza por sumir al alma en una tentación profunda de terror, ya en vista de sus pecados, ya en consideración al infierno que ha merecido, á fin de que se levante en paciencia, humildad y esperanza en Dios; por cierto que si estuviéramos atentos oiríamos á nuestro Señor decirnos continuamente: «¡aguardad, aguardad, y orad!» ¡Siempre la paciencia! La paciencia perfecciona todas las obras.

Mientras dura esta vida, cultivamos la simiente de la gloria de Dios, de nuestra santidad y de nuestra ventura eterna; mas todas estas plantas celestiales, en vez de germinar y brotar hacia arriba, tienen que brotar hacia abajo, pues en lo inferior se hallan la atmósfera y el sol que necesitan; de modo

que si brotasen en dirección á nosotros, las marchitarían y matarían el aire y el sol del mundo. Por consiguiente, trabajad abajo en la paciencia, humildad y pobreza, porque estas virtudes son el trono de Dios en nosotros y nos aseguran en el cielo su trono de gloria.



CONFIANZA Y DESCANSO

EN SOLO DIOS

TAN bueno ha sido Dios para vosotras durante este retiro y os ha concedido gracias tan preciosas, que debéis estar satisfechas de su bondad. No sólo os ha mostrado la verdad de la santidad, sino también la de su amor á vosotras; y aunque ya es mucho el conocer la verdad de Dios, su gracia y sus derechos, el saber su amor á nosotros, que nos ama y cuánto nos ama, es conocimiento de éxtasis.

A vista de esto habéis dicho: «Yo también amaré á Dios, grande, generosa y puramente; su amor será mi vida, y mi ley será su ley de mortificación y de pureza. Más aún: este amor será la ley de mi transformación en Dios, de la deificación de mi vida, porque ya no quiero vivir en mí misma, sino que Jesús vivirá en mí, de modo que yo no seré más que su naturaleza humana, un miembro de su cuerpo, y Él será mi personalidad, mi principio viviente.

¡A mucha altura aspiráis! Y justo es que así sea, pues Dios nos predestina, no sólo á ser llamados, sino á ser hijos verdaderamente suyos, hijos de Dios,